



LA LOGICA EN TANTO CIENCIA DEL PENSAMIENTO

Por
ENRIQUE SAEZ RAMDOHR

La expresión "lógica" proviene de su homónima latina *lógica*, empleada aproximadamente hacia el año 1250. Por su parte, el vocablo latino en cuestión encuentra su correlato preciso en la palabra griega *logiké*, la cual se deriva de la expresión *logos*. De esta manera, con el objeto de esclarecer el sentido y las dimensiones fundamentales que posee la lógica, resulta de suyo necesario indagar las formas que asume el vocablo *logos* en el contexto del pensamiento griego, ya se trate del nivel pre-científico o "natural", ya se refiera a las direcciones eminentemente filosóficas.

La expresión *logos* corresponde al sustantivo del verbo griego *lego*, el cual posee tres acepciones principales. En un primer sentido, *lego* indica originariamente "recoger"; en

una segunda dirección significa "contar", entendiéndose por ello "contar entre", "adscribir a", "agrupar con" y, por último, "enumerar". En un tercer sentido, *lego* significa "decir" o "hablar". Los tres sentidos elementales que se mencionan apuntan a la idea de aprehender la multiplicidad de los entes y de las palabras bajo una unidad determinada. Así, por ejemplo, cuando el hombre cuenta recoge a los diversos individuos en un conjunto previamente establecido o cuando alguien habla sobre las cosas y dice algo sobre ellas, las distintas palabras encuentran su forma y determinación en la unidad del discurso.

Estas actividades humanas importan una complejidad extraordinaria, a pesar de que sean comprensibles a la luz del sentido común. Tanto el hablar como el decir en tanto operaciones que impulsa nuestra inteligencia, presuponen desde ya dos acciones igualmente interesantes: el concebir y el pensar. De acuerdo a este razonamiento, entonces,

*Este trabajo fue presentado como ponencia en el VI Congreso Nacional de Filosofía, celebrado en la Universidad Diego Portales en octubre de 1985.

existe un sentido subyacente, oculto, en el vocablo griego *lego* y que se remite directamente al acto de pensar. En consecuencia, expresiones como "recoger", "enumerar", "decir", "hablar" y también "pensar", aunque con sus respectivas diferencias, guardan entre sí una relación más que estrecha en la medida que configuran acciones destinadas a asir la unidad de algo, ya sea en el dominio de la experiencia, ya sea en el ámbito del pensamiento.

Si esta reflexión es correcta, se puede inferir que la expresión *lego*, utilizada tanto por la cultura griega como por la latina, indica de manera indistinta una tendencia hacia la unidad en tanto categoría ordenadora de la realidad misma. No en vano los pensamientos más relevantes de Heráclito, Parménides, Platón y Aristóteles —por señalar algunos— denotan una preocupación especial por el tema de la unidad o de *lo uno*, por cuanto en dicho dominio es posible comprender y hacer inteligible las más disímiles instancias que imperan en la experiencia, tal como ésta se ofrece al hombre. De esta manera, *lego* muestra su esencia en el unir (lo diverso).

En consecuencia, la experiencia del recoger, del enumerar y del hablar que mienta la expresión griega *lego*, encuentra su derivación "natural" en el vocablo *logos*, el cual sistematiza y delimita con toda precisión las diversas formas que tiene la inteligencia humana para coger la multiplicidad óntica en una acción unitaria. En este sentido, la acción propia del *logos* es más específica que aquéllas que supone necesariamente el vocablo *lego*, por cuanto este último no solamente se limita a una recolección de carácter intelectual, sino que además incluye a las otras formas de recolección que se dan en la común experiencia humana.

Las fuentes que se remiten a una consideración seria y rigurosa del vocablo *logos*, tal como éste fue utilizado por los griegos, son variadas y hacer un catastro de ellas parece no ser una acción necesaria. Además, es preciso reconocer que una tarea de sistematización de la expresión *logos*, que tenga en cuenta tanto las contribuciones filosóficas como filológicas, constituye una empresa que se

aproxima al complicado límite de lo imposible¹.

El vocablo *logos* apunta a cuatro direcciones fundamentales en el contexto del pensamiento griego y, particularmente, en la reflexión aristotélica. La primera de ellas muestra al *logos* significando "habla" y "palabra"; la segunda, presenta al *logos* inmerso en una oración en la que se explicitan las nociones y los pensamientos; la tercera entiende al *logos* en tanto facultad de pensar y razonar; por último, la cuarta dirección muestra al *logos* como una razón matemática. De esto se desprende que el *logos* griego encuentre su lugar natural en cuatro espacios fundamentales del conocimiento humano: el lenguaje, el discurso, el acto de pensar y la capacidad de relacionar las ideas.

Si se considera el *logos* en tanto habla y palabra, dicha dirección ofrece los siguientes entendidos particulares del vocablo, insertos por lo demás en la obra aristotélica: "oración", "narración", "comentario", "discurso", "lenguaje común". Como es de suyo evidente, tales expresiones encuentran su elemento común en los dominios del hablar y del decir, los cuales presentan diferentes grados de complejidad, pero que se remiten igualmente a la acción humana de expresar algo en palabras.

En segundo lugar, la concepción del *logos* en tanto oración compuesta por nociones y

¹Sin embargo, a pesar de las limitaciones señaladas, importa destacar a este respecto el trabajo de Werner Jaeger, titulado *Paideia*, que recoge las dimensiones básicas del *logos* griego; los comentarios de Tricot a las obras completas de Aristóteles, las que además incluyen un índice terminológico griego-francés en cada uno de los textos y, por último, la *Filosofía de la Naturaleza* del profesor Roberto Torretti, que se compone de traducciones y comentarios de algunos textos relevantes del pensamiento griego. En todo caso, en lo que concierne al vocablo *logos*, se ha tenido presente en forma relevante el *Index Aristotelicus* de H. Bonitz —Graz, segunda edición, 1955—, por cuanto muestra las múltiples referencias de Aristóteles a la expresión *logos* en cada una de sus obras. Por último, en este comentario se eluden las consideraciones acerca del *logos* que aparecen en las historias de la filosofía como en los manuales de carácter introductorio, debido al tratamiento general y en veces confuso que se hace del problema.

pensamientos se exhibe en seis dimensiones esenciales, extraordinariamente ricas y que, sin duda, constituyen uno de los ámbitos más recurridos en la investigación filosófica tanto moderna como contemporánea. La primera dimensión se ocupa de la "explicación" y "definición" de los nombres, como asimismo de la "noción" propiamente tal. En este sentido,



Aristóteles

el *logos* griego se muestra como "concepto". La segunda dimensión que posee el *logos* dentro de esta dirección interpretativa es la de "enunciado verbal", esto es, en tanto proposición que establece la inteligencia humana. La tercera dimensión que ofrece el vocablo en estudio es la del "silogismo" (si-logismo) en tanto conjunto de enunciados que proporcionan un conocimiento válido y en casos específicos, también verdadero. A su vez, una cuarta dimensión o aspecto en que se descubre la expresión *logos* es mediante los vocablos: "razón", "argumento" y "razona-

miento", los cuales son entendidos por Aristóteles en algunas de sus obras como "conocimiento", en tanto "razonamiento opuesto a la evidencia de los sentidos", como "género" y "fórmula". Importa subrayar en este punto que la concepción del *logos* griego como razón o pensamiento constituye la línea interpretativa fundamental asumida por la filosofía moderna y, muy especialmente, por la filosofía de la Ilustración. Si bien esta interpretación no es de suyo errónea, debe indicarse que es una concepción restringida del *logos* aristotélico, el cual posee una pluralidad de sentidos unitarios. Una quinta dimensión que asume el *logos* en la obra del filósofo se explicita mediante expresiones tales como "disputa", "disquisición acerca de la cosa" y "coloquio", las que apuntan indiscutiblemente a disciplinas intelectuales como la retórica y la dialéctica. Por último, esta dirección interpretativa del *logos* lo muestra como "opinión" —sexta dimensión del vocablo—.

Si bien la dirección que determina al *logos* griego como facultad de pensar y razonar no posee un conjunto de dimensiones derivadas, como sucede con los casos anteriormente tratados, tiene una relevancia filosófica indesmentible. El lugar propio del *logos* es el pensamiento, al cual le es inherente, esencial, la facultad de ejercerlo en forma correcta y, por qué no decirlo, científica. Muchos han sido los filósofos que han destacado la concepción del *logos* en tanto facultad de pensar, entre los que se destacan por su profundidad y validez los aportes proporcionados por Descartes (*Discurso del Método; Meditaciones Metafísicas; Los Principios de la Filosofía* e, incluso, *Reglas para la Dirección del Espíritu*), Kant (*Crítica de la Razón Pura*) y el mismo Hegel (*Ciencia de la Lógica y Fenomenología del Espíritu*).

La determinación del *logos* griego como razón matemática corresponde a la cuarta dirección que le otorga Aristóteles al mencionado vocablo. En este sentido específico el *logos* se presenta como "relación" y "proporción", es decir, como un factor de conexión y de equilibrio indispensable para la inteligencia humana.

Tales son las direcciones que asume el vocablo *logos* en el pensamiento de Aristóteles. La pluralidad de dimensiones expuestas no involucra ni implica una idea ecléctica del *logos*, como tampoco ha de entenderse como una cuestión que queda al arbitrio de cada cual. Por el contrario, las distinciones "analíticas" que soporta el vocablo se dirigen a una unidad de sentido: los actos que le son propios a la inteligencia del hombre. Y, a este respecto, Aristóteles no ha dicho ni más ni menos. ¿Cómo procede el hombre enfrentado a una experiencia determinada? Suponiendo que el sujeto asume una actitud reflexiva frente a la realidad que le ofrece una confusa mezcla de sensaciones, ¿debe suponerse que ese hombre relaciona las diversas sensaciones, las comprime en ideas o categorías, se forma un juicio de ellas, indaga sobre la validez que este último tiene y, posteriormente, lo explicita a través del discurso, de la palabra? ¿No es, acaso, éste el proceso que todos experimentamos cuando pretendemos conocer correctamente la realidad o, al menos, aquello que inmediatamente nos rodea? Si se medita en estas preguntas, se podrá comprender en qué sentido el *logos* aristotélico, a pesar de sus diversas dimensiones, constituye una unidad.

En este punto se debe subrayar que el *logos* se manifiesta como la condición de posibilidad de toda *teoría*, ya sea respecto de la ciencia especulativa o metafísica, ya sea en relación a las denominadas "ciencias segundas". Así, las múltiples acepciones del vocablo *logos* ponen en evidencia sin más las funciones similares que debe cumplir todo cuerpo teórico, todo saber para preciarse de tal. En efecto, ¿qué teoría puede eximirse de contar entre sus funciones o elementos con nociones determinadas, proposiciones, razonamientos, discurso, relaciones? ¿Puede suponerse la existencia de una teoría, por simple que sea, que prescindiera de la facultad de pensar que tiene el hombre que la realiza? ¿No son éstas algunas de las acepciones fundamentales de la expresión griega *logos*?

Los análisis respectivos de los vocablos griegos *lego* y *logos* proponen un camino inequívoco para la comprensión esencial de la

lógica, el cual tiene en consideración la idea que de ella tuvo el pensamiento antiguo y, en particular, la cultura griega. No hay, pues, en este punto una concepción arbitraria, exterior o advenediza acerca de la lógica, sino por el contrario un persistir en lo originario, lo que se traduce en un intento intelectual por aprehender aquello que es verdadero en el dominio del conocimiento lógico. Así, como se ha indicado con anterioridad, el vocablo *logiké* se deriva de la expresión *logos* y esta última a su vez se deduce del verbo *lego*. De esta manera, los vocablos griegos considerados en el análisis configuran el "hilo conductor" fundamental para acceder a un entendido riguroso y exacto de la lógica misma.

¿Cómo cabe comprender la lógica a la luz de la expresión *logos*, tan rica en variedades y significados? ¿Debe suponerse, acaso, que la lógica sea una disciplina absolutamente formal, como la han entendido algunos lógicos contemporáneos? O, en cambio, ¿cabe sostener que la lógica sea una ciencia del contenido donde lo que interesa es la "materia misma", al decir de Hegel? Una y otra interpretación se apartan considerablemente de la verdad, a pesar de que corresponden a filósofos eminentes —por decir lo menos—.

Si bien el argumento del formalismo lógico en general puede aducir en su defensa que muchas de las acepciones del vocablo *logos* se inclinan a resaltar los aspectos formales del mismo —como ser, "concepto", "enunciado", "silogismo", "razonamiento"—, los que a su vez no importan compromiso alguno con la experiencia y, por ende, con los hechos mismos. Inclusive más, el formalismo a que hacemos referencia puede remitirse a algunas obras lógicas de Aristóteles, como los *Primeros Analíticos* por ejemplo, con el objeto de subrayar el carácter formal y puramente abstracto de la disciplina lógica.

Sin embargo, debe decirse que el argumento formalista olvida sin más otras acepciones vitales de la palabra *logos*, desconociendo además algunos lugares importantes del cuerpo lógico aristotélico. En efecto, ¿cómo entender las *Categorías* de Aristóteles desde una perspectiva absolutamente formal siendo que en ellas resultan del todo relevan-

tes las reflexiones acerca de la substancia primera y de la substancia segunda? ¿No es, acaso, la teoría de la substancia el problema fundamental que considera el filósofo en su *Metafísica*? ¿O es que categorías como "espacio", "tiempo", "posición" constituyen asuntos meramente formales, en los cuales toda experiencia se encuentra ausente?



Kant

En un sentido distinto, si se considera críticamente el argumento formalista, esta vez desde la perspectiva del vocablo griego *logos*, el error de dicha interpretación es evidente de suyo. En efecto, dimensiones del *logos* como "narración", "comentario", "conocimiento", "pensamiento" y "disquisición acerca de la cosa" son excluidas por el formalismo sin fundamentación alguna. ¿Puede pensarse con un mínimo de cordura y de claridad que haya una narración exenta de contenido, hasta el punto que no se sepa de qué se está hablando? ¿Cabe imaginar un comentario

acerca de nada y que, sin embargo, sea comentario? ¿Es lícito suponer que un conocimiento no tenga objeto, es decir, carezca de contenido? O cuando dos personas discuten acerca de una cosa, ¿cabe afirmar que no polemizan respecto a ella? En resumen, como puede apreciarse, el argumento de formalismo —tan usual en nuestros días— proporciona una visión fragmentaria de la lógica, distante no sólo de la filosofía de Aristóteles, sino además —y lo que es más grave— de la esencia del *logos* tal como fuera aprehendida por el espíritu de los griegos.

Por su parte, la interpretación de Hegel respecto de la lógica y, en consecuencia, del *logos*, no deja de contener imprecisiones y restricciones que no benefician en nada a la disciplina en cuestión. Si bien el objetivo de Hegel en esta dimensión teórica consiste en dignificar la calidad del pensamiento humano mediante la posesión de la ciencia, transmutando incluso la substancia aristotélica en el sujeto (cfr. *Fenomenología del Espíritu*), no cabe duda que la lógica tiene en sí características formales que no deben desconocerse y, aún más, reglas ordenadoras de suyo abstractas que buscan suministrarle una guía segura a la inteligencia humana para que formule sus pensamientos en forma correcta. Así, por ejemplo, la crítica de los primeros principios realizada por este filósofo alemán se fundamenta exclusivamente en el carácter formal de los principios clásicos —identidad; no-contradicción; tercer excluido—, los cuales por lo mismo no tendrían ninguna realidad. A pesar de ello, es necesario reconocer que el estudio de los "primeros principios y causas" tiene un lugar de privilegio en la *Metafísica* de Aristóteles, esto es, en un dominio teórico donde el contenido se destaca por sobre los aspectos puramente formales. Además, si se tiene a la vista la concepción que importa la expresión "principio" —en griego, *arjé*— en el contexto filosófico griego, se podrá comprobar que dicho vocablo no alude a una mera formalidad, sino, por el contrario, al punto de partida para comprender efectivamente lo real. Así lo entendieron al menos los pensadores de la *physis*, como también Platón y Aristóteles.

Si bien las interpretaciones sobre la esencia de la lógica, que se han reseñado con extraordinaria brevedad, incurrir en parcialidades ajenas a la filosofía de Aristóteles e, incluso, asumen una actitud dogmática en el análisis del fenómeno en estudio, parece del todo necesario proporcionar una determinación de su esencia que se aproxime mayormente a las reflexiones del filósofo. En consecuencia, en relación a este punto específico, más que buscar la polémica o un enfrentamiento de posturas teóricas —no se sabe hasta qué grado fructíferas o en qué medida esclarecedoras—, interesa ceñirse al pensamiento del autor a manera de precaución metódica.

En este sentido, la lógica constituye la *ciencia del pensamiento* y, por ende, no es para nada una colección de operaciones que realiza la inteligencia o una suerte de compendio que discrimina básicamente entre lo verdadero y lo falso. ¿Por qué puede afirmarse que la lógica es *ciencia* y no una mera "disciplina" o una forma de "arte" previo a la filosofía? En la medida que conforma, desde la perspectiva del *método*, un saber que no sólo cumple con los requisitos fundamentales de la ciencia, sino que, además, tiene el mérito innegable de haber establecido los principales requisitos del método científico, compartidos igualmente por las ciencias de la naturaleza y las del espíritu. De esta manera, pues, la lógica ha fundado sin más el método en la ciencia, con significativa antelación a la configuración primera de las ciencias particulares.

Así, el conocimiento lógico —tan relevante para Aristóteles— no se caracteriza solamente por poseer un *objeto* de estudio, una *metodología* de suyo coherente y una *racionalidad* que se encuentra inserta en cada una de sus proposiciones, sino que por sobre todo contiene *validez propia*, esto es, sus postulados, modalidades y conclusiones descansan en último término en ella y no en los datos que suministra la experiencia. Si bien esto no significa que la lógica deba eximirse de toda confrontación con lo empírico y, en consecuencia, de todo nexo con el ámbito de lo real, es necesario comprender que tiene en sí

misma validez y que, incluso más, constituye la *fuerza* de validez de los restantes conocimientos que han preocupado al hombre. Y, al parecer, no podía ser de otra manera. ¿Dónde radica la validez de los más diversos conocimientos si no es en una ciencia que por su *naturaleza* se ocupa esencialmente del *pensamiento*? ¿O es que algo o alguien poseen validez sin el concurso de nuestra inteligencia?



Hegel

En segundo lugar, que el método científico general encuentra su fundamento en la lógica o bien, como la llamó Hegel en la "ciencia de la lógica", lo demuestra el hecho que las reflexiones esenciales de este cuerpo teórico van a determinar los límites preclaros de toda investigación científica. Así, aspectos teórico-metodológicos como los conceptos, los primeros principios, los enunciados, los razonamientos, las hipótesis, las reglas de transformación, los métodos inductivos y deductivos, los tipos de pruebas, lo verdadero y

lo falso constituyen materias abordadas en profundidad en la lógica de Aristóteles y de las cuales ningún otro saber está exento.

Por el momento se han considerado las causas que determinan que la lógica —tal como la concibió Aristóteles— sea una ciencia y no una disciplina anexa al saber científico en general, tal como fuera interpretado incluso por el propio Kant en la *Crítica de la Razón Pura*. Sin embargo, y a pesar de ello, parece conveniente fundamentar la idea que sostiene que la lógica, en tanto ciencia que es, tiene como objeto propio, distintivo, el pensamiento. Ya en el Prefacio de la Segunda Edición (1787) de la *Crítica de la Razón Pura* (B VII-BXXXI), Kant afirma que la lógica es "una ciencia que sólo expone y demuestra rigurosamente las reglas formales de todo pensar" y a continuación sostiene que por tal razón en el dominio de la lógica "el entendimiento sólo tiene que ocuparse en sí propio y en su forma". Si bien tales afirmaciones distan del argumento acerca de la lógica que se afirma en este comentario —fundamentando por sí solas las posiciones modernas y contemporáneas del formalismo—, no cabe duda que las aseveraciones del filósofo establecen ciertos hitos de relevancia.

En primer término, Kant sostiene con toda claridad que la lógica es una ciencia, lo cual le viene precisamente del hecho de estar en posesión de un método coherente y riguroso. En segundo lugar, la misión de la ciencia de la lógica consiste sin más en ocuparse de las reglas formales de todo pensar, es decir, de aquellas reglas insertas en su misma metodología y que deben considerarse a la luz de cualquier tipo de pensamiento, sea éste a priori o empírico, cualquiera sea su origen, objeto y circunstancias².

En este aspecto, entonces, que la lógica constituye la ciencia del pensamiento es algo que se deduce de suyo de las propias consideraciones realizadas por Kant. En tercer lugar, el filósofo destina un espacio para el

desarrollo de esta ciencia, denominado "entendimiento" y, que, en este caso, es sinónimo de pensamiento. En consecuencia, el pensamiento humano es el sitio propio de la lógica y no cabe duda que es en él donde ella se realiza plenamente.

En cuarto término, cuando el entendimiento o pensamiento se dedica al dominio de la lógica, ocurre que se ocupa de sí mismo y de su forma. ¿Qué hemos de deducir de esta proposición kantiana? Primeramente, la inherencia substancial entre pensamiento y lógica en la medida que cuando el pensar se ocupa de la lógica se está preocupando y moviéndose en sí mismo. Además, cuando el pensamiento se explicita en el ámbito de la lógica, se preocupa también por lo que es su forma, es decir, por lo que son específicamente sus estructuras, las cuales aparecen configuradas mediante las categorías. En relación a ambas premisas, de indudable valor para el conocimiento filosófico, se debe afirmar que fundamentan en forma directa las reflexiones posteriores del idealismo alemán y, en especial, las de Hegel. En efecto, la *Ciencia de la lógica* (1812-1816) constituye el más serio intento especulativo por reflejar la ocupación que el pensamiento realiza de sí, como también de sus "categorías" o "determinaciones del pensar", al decir de Hegel. De este modo, ambos autores, aunque en posiciones diferentes respecto a la concepción de la forma en la lógica, concuerdan en entenderla como ciencia del pensamiento y no de otra manera se propone en estas líneas.

Que la lógica ha de ser comprendida como ciencia del pensamiento lo demuestra la utilización del vocablo *logos* por parte de Aristóteles, especialmente, en lo que concierne a la acepción del *logos* en tanto facultad de pensar —expresión que será recogida posteriormente por parte significativa del pensamiento filosófico—. De esta manera, que el objeto propio de la lógica sea el pensamiento, parece incuestionable desde la perspectiva aristotélica. Por ello, creer que la lógica de Aristóteles se puede reducir a una simple operativa, como, por ejemplo, a las reglas de los silogismos, a los tipos de obversión y de conversión válidos, a las leyes de la definición —por citar

—Perfetto. A mí me interesa que llegue pronto a París. A ti tengo una misión que

²(cfr. Juan de Dios Vial Larraín, *Crítica de la Razón Pura*, Selección, Glosas y notas, Editorial Universitaria, Santiago, 1976, p. 23. Primera edición).

solamente algunos—, constituye un error tanto teórico como metodológico.

El hecho que el pensamiento —cuando se ocupa en sí mismo y, por tanto, en la lógica— se aboque a considerar ciertas reglas y principios formales muy relevantes, no indica por ello que tales reglas y principios sean el objeto propio de la lógica. Como ya se ha sostenido, el *objeto* de la lógica es el *pensamiento*, mientras que las reglas, principios y estructuras constituyen los espacios intelectuales *más propios* de dicho pensamiento. O, dicho con otras palabras, cuando se indaga por el objeto de la lógica se tiene en mente la *esencia* de ella, en tanto que la determinación de reglas, axiomas y formas alude más bien a como procede el pensamiento en el dominio lógico. Ambos niveles son absolutamente diferentes entre sí, a pesar de remitirse en última instancia a un mismo campo teórico.

La distinción entre el *qué* y el *cómo*, entre la esencia y la existencia, fue establecida con meridiana claridad por Platón (Cfr. *Menón*) y confirmada posteriormente por Aristóteles y los restantes filósofos, tanto antiguos como modernos. De acuerdo a esta distinción —y aunque parezca majadería— cuando el hombre se pregunta por el *objeto* de una determinada ciencia, por la cosa misma, se está remitiendo el plano de la *esencia*, es decir, al *qué* es.

En cambio, cuando la pregunta se dirige a las *formas* mediante las cuales el objeto se explicita, a las “conductas” mentadas u observadas de la cosa, se está en el plano de la existencia o, más claramente, en aquel dominio donde el objeto pone en evidencia su proceder, su accionar.

Esta diferenciación también se encuentra en la lógica, y aunque exhibe una nitidez ejemplar, no por ello ha dejado de conducir a la inteligencia humana a confusiones enormes, pero innecesarias. En efecto, tan desventajosa situación muestran algunos estudios de la lógica, como también no pocos intérpretes de Aristóteles, los cuales han supuesto que el pensamiento y las reglas del pensamiento son una y la misma cosa, transformando al conocimiento lógico, de esta manera, en una tosca trivialidad.

De acuerdo al desarrollo de este comentario, se ha esclarecido notablemente el *sentido* de la lógica en el pensamiento de Aristóteles, en parte, porque se la ha pensado esencialmente, es decir, como *aquello que la lógica es*. Pero éste constituye tan sólo el punto de partida, la primera reflexión para acceder al amplio terreno de la ciencia lógica. No estamos, ni más ni menos, que en el comienzo. 

